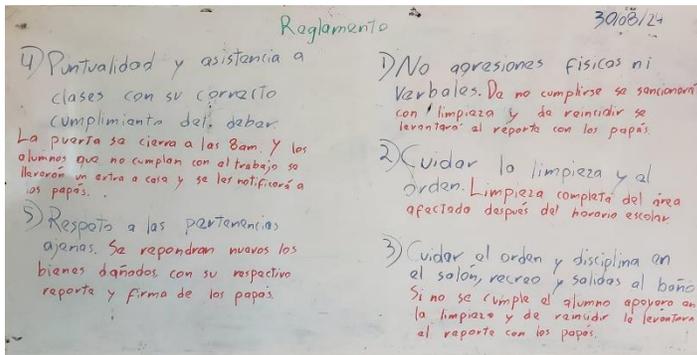


Narrativa de la práctica docente en función de las dos dimensiones de la evaluación formativa

La educación humanista se ha convertido en el pilar de mi enfoque docente, ya que pone al centro a cada estudiante, respetando sus capacidades, niveles y formas de expresión. En mi grupo multigrado, donde conviven alumnos de distintos grados y con ritmos de aprendizaje tan diversos, esta visión me permite adaptarme a sus necesidades, no solo académicas, sino también emocionales. Sin embargo, para llevarla a cabo, he contado con la autonomía profesional que, como docente, me permite diseñar clases y procesos evaluativos ajustados a esta filosofía, donde el énfasis está en el aprendizaje significativo y la retroalimentación constructiva.



La autonomía docente ha sido crucial para crear planeaciones que reflejan este enfoque humanista. Por ejemplo, cuando diseñamos la planeación sobre la democracia y los derechos humanos, aproveché esa libertad para crear actividades participativas, como la creación de un reglamento en asamblea o la reflexión sobre la dignidad humana, donde cada niño tuvo un espacio para expresar sus opiniones y ser escuchado. Al integrar estas dinámicas, no solo me ajusté a los contenidos curriculares, sino que también fomenté un aprendizaje donde el respeto por el otro y el sentido de comunidad son centrales. La elección de un representante siguiendo procesos democráticos fue un claro ejemplo de cómo esta autonomía me permitió adaptar los contenidos a una realidad más viva y aplicable.

Además, en las planeaciones sobre español, como la creación de una antología de cuentos, o en matemáticas, con el cálculo del perímetro, área y volumen, diseñé procesos evaluativos donde la retroalimentación juega un papel fundamental. No me limito a corregir errores, sino que ofrezco comentarios que invitan a la reflexión y al crecimiento. En la antología de cuentos, por ejemplo, cada niño recibió retroalimentación personalizada sobre la estructura, el estilo y la coherencia de su narración, siempre alentándolos a que confíen en su capacidad creativa y que mejoren sin sentirse juzgados. Este tipo de





evaluaciones, que se centran en el proceso más que en el resultado, han permitido que los alumnos se sientan acompañados en su aprendizaje y desarrollen una relación más positiva con los desafíos escolares.

La evaluación en matemáticas también ha seguido este enfoque.

Al resolver problemas sobre áreas y volúmenes, mis alumnos no solo recibieron calificaciones, sino que durante la retroalimentación, les hice preguntas sobre cómo llegaron a sus resultados y qué dificultades encontraron. Esto me permitió ajustar las actividades futuras a sus necesidades, dándoles herramientas más efectivas para seguir avanzando. La planeación de multiplicaciones con 3 cifras en el multiplicador y con punto decimal, por ejemplo, incluyó una evaluación diaria de 4 problemas, y cada vez revisamos juntos las respuestas, analizando los pasos, y enfatizando la importancia de comprender el proceso más allá de obtener el número correcto.

Todo esto ha sido posible gracias a la autonomía profesional que me permite diseñar y evaluar a mis alumnos de forma humanista, donde su crecimiento integral es la prioridad. En lugar de seguir un esquema rígido de evaluaciones estandarizadas, cada retroalimentación que les doy busca motivarlos a mejorar, pero también a disfrutar el proceso de aprender y de sentirse valorados como individuos.

Así, mi rol como docente va más allá de transmitir conocimientos; se trata de guiar a cada alumno en su camino personal de crecimiento, asegurándome de que sientan que su voz y su manera de aprender son importantes.

